

**la violencia,
mal camino**

HACE algún tiempo, el Comité Organizador de la Copa de Europa de Fútbol, envió una seria advertencia a todos los clubs para que conservaran —e hicieran conservar a sus seguidores— las buenas maneras, el respeto al contrario y el sentido de la deportividad.

Una serie de bochornosos incidentes hizo obligado ese llamamiento, con el que se tendía a conservar, la más popular de las competiciones internacionales entre clubs, dentro de un marco ecuaníme y hasta diríamos que civilizado.

En el encuentro Feyenoord-Real Madrid, ocurrieron cosas lamentables que hacen pensar que el llamamiento ha caído ya en el olvido y que, como era de temer, la pasión se salta a la torera todas las prudencias, incluso entre aficionados que presumen de frías y equilibradas, como es el caso de la holandesa.

La invasión de un terreno de juego, para agredir a un jugador, constituye, evidentemente, un acto bárbaro, que pone de relieve no sólo instintos cavernarios, sino un olvido total de las leyes de la hospitalidad. Actos de ese tipo son auténticas incursiones de piratería dentro de las reglas del «fair play» que deben regir siempre una competición deportiva.

Al fútbol, sea del escalón jerárquico que sea, sólo se le pide juego limpio. A juzgar por las numerosas, continuadas y cada vez más terribles violencias que lo esmaltan, esa posición es un completo fracaso. Ello obliga a sugerir una urgente deportivización del fútbol en todos sus escalones.

La tarea es más amplia y difícil de lo que pueda suponerse a primera vista. No se trata, tan sólo, de educar a las aficiones, sino de educar al jugador, al entrenador y, si nos apuran, hasta al directivo.

La victoria es tan importante en fútbol que para conseguirla se echan, desdenosamente, a un lado, con más frecuencia de la deseable, todos los conceptos de verdadera honestidad deportiva. Lo peor de todo es que, lamentablemente, a ese mal camino se le encuentran justificaciones, cuando en realidad es más triste el remedio que la enfermedad.

Que los sectores de energúmenos, que pululan en los estadios de cualquier país, encuentren ocasión para poner en evidencia su brutalidad, es algo triste. Pero hay que pensar que esos sectores son sólo la consecuencia de lo que sucede en el campo. Cuando un partido se desarrolla limpio y caballerosamente, los motivos de reacción desagradable en los graderíos, son nulos.

Son los jugadores, pues, los que tienen, como vulgarmente se dice, el dedo en el gatillo. Depende de ellos el que se dispare o no la violencia. Por eso, la educación del público depende, casi totalmente, del jugador, de sus gestos y actitudes. Gestos y actitudes que también deben ser filtrados por una labor formativa por parte del entrenador, quien a su vez tendría que ser sometido a un estricto control ético por los directivos. En esta cadena de inter-dependencia se llega a la inevitable pregunta: Y a los directivos, ¿quién los educa?

Cuando irónicamente se habla de crear una Escuela de Directivos, no se sabe cuán cerca se está del meollo de todo el asunto. Si los directivos se empeñaran, realmente, en deterrar la indignidad de los campos, lo conseguirían. Tienen todos los medios y medidas a su alcance. Ocurre, sin embargo, que les falta valor moral para aplicarlos, tal vez porque en el confusioñismo de su propia pasión, los directivos olvidan que su misión directriz no es sólo deportiva, sino también educativa.

La violencia es un mal camino. Pero de ella son todos culpables, del que manda y del que es mandado. Y más culpables son los que mandan, porque ellos son responsables de los actos de los que son mandados. Si los Comités de Competición de todos los países comenzaran a castigar a directivos que actúan en funciones de delegados, posiblemente se haría algo útil para impedir que espectáculos como el del estadio del Feyenoord amenacen la vida del fútbol de nuestro tiempo.

J. J. CASTILLO



**¿Nervioso e irritable?
MELISANA le da bienestar**

Este sedante casero es un extracto de plantas medicinales, que calma y tranquiliza de forma natural e inofensiva. Tome sólo dos cucharaditas de MELISANA en un poco de agua azucarada y se sentirá mejor. MELISANA es agradable de tomar y no produce hábito.

MELISANA

EL EXTRACTO QUE ALIVIA Y CONFORTA



Consulta a su médico

